

Capítulo 41: Rafael Baal

Mientras Vergil y Katharina disfrutaban de un momento de calidad juntos, a pesar de las complicaciones de sus problemas sobrenaturales...

Digamos que la tercera de sus esposas estaba resolviendo un problema...

Ada caminaba por los pasillos del castillo de su familia, el clan Baal, con pasos firmes, aunque su corazón estaba lejos de estar tranquilo.

A diferencia de Roxanne, quien había ido voluntariamente a hablar con su madre... Ada se enfrentaba a algo peor. La habían citado sin ninguna explicación, y no parecía una simple reunión familiar...

No, cuando Raphaeline Baal llamaba a alguien, especialmente a su propia hija, era por una razón que exigía explicaciones inmediatas. Y Ada sabía exactamente de qué quería hablar su madre.

El contrato Amo-Sirviente, su matrimonio accidental.

Ada no sabía cómo su madre se había enterado tan rápido, pero no le sorprendió.

Rafaela tenía ojos y oídos en todo el inframundo, quizás incluso en otros reinos.

Estaba lista para enfrentar el juicio de su madre, aunque se le heló la sangre al pensar en lo que estaba por venir.





Las puertas del salón principal se abrieron ante ella.

Gigantescas y hechas de madera negra, grabadas con antiguas runas y representaciones de las gloriosas batallas del clan Baal, estas puertas representaban el poder y la tradición.

Los guardias con armaduras tradicionales japonesas, con máscaras de oni que hacían que sus rostros fueran aún más intimidantes, abrieron las puertas para Ada sin decir palabra.

El salón estaba vacío, excepto por una figura sentada en el trono elevado en el centro de la habitación.

Raphaeline Baal, la Reina Demonio del clan Baal, estaba allí, esperando.

Vestía un impecable kimono negro, oscuro como la noche, con detalles dorados que semejaban llamas ondulantes. Su cabello, largo y negro azabache, le caía en cascada por la espalda, y sus ojos eran de un rojo intenso, un pozo inagotable de crueldad y poder.

Espadas.

Había espadas por todas partes.

Algunos envainados y exhibidos orgullosamente en las paredes, otros descansando junto al trono.





Raphaeline estaba obsesionada con ellos, y su colección de espadas era legendaria, compuesta por armas forjadas en guerras demoníacas o regalos de reinos derrotados que habían caído.

Era simple, si querías un favor de un demonio como Raphaeline, tenías que ofrecer dos cosas... Sangre, sangre rara para ser precisos, o... espadas.

Raphaeline no movió un músculo cuando Ada entró.

Sus ojos siguieron los pasos de su hija, como un depredador que observa a su presa, pero su expresión permaneció fría como el hielo.

La única señal de lo que se avecinaba fue el leve apretón de sus dedos en el apoyabrazos del trono, como conteniendo la furia a punto de estallar.

Cuando Ada finalmente se acercó lo suficiente, se detuvo e hizo una reverencia, como lo exigía la tradición.

No por respeto, sino por protocolo. Sabía que su madre no toleraba que se rompieran las tradiciones.

—Me llamaste, madre. —La voz de Ada era firme, a pesar del torbellino de emociones que la embargaba.

—Sí, lo hice —respondió Raphaeline, con la voz como el roce del acero al afilarse—. Y sabes muy bien por qué.

Ada mantuvo la mirada baja un momento antes de enderezarse y mirar directamente a su madre. "Supongo que se trata del contrato".





Raphaeline arqueó una ceja, con un ligero desprecio en los labios. "¿Contrato?", repitió, casi como si la palabra le divirtiera. "Tú lo llamas contrato. Yo lo llamo una desgracia. Una afrenta. Una traición."

Ada sintió un escalofrío en la espalda, pero no dejó que su expresión flaqueara. Sabía que cualquier señal de debilidad sería como sangre en el agua para su madre.

"No tuve nada que ver, fue un error", respondió Ada con cautela. "Además, no estoy en contra de este matrimonio, aunque fue accidental. Es un buen hombre".

Raphaeline se levantó de su trono con un movimiento fluido, mientras su kimono ondeaba detrás de ella como un manto de oscuridad.

Bajó los escalones que conducían al trono; cada paso resonaba en el salón. Al acercarse a Ada, la diferencia entre ellas se hizo aún más evidente.

Raphaeline, alta e imponente, irradiaba un aura abrumadora de autoridad y poder. Aunque Ada era un demonio poderoso por derecho propio, en presencia de su madre, se sentía pequeña y frágil.

Ella era una cachorra antes de Raphaeline.

—Un buen hombre —repitió Raphaeline, burlándose de las palabras de su hija—. ¿De verdad crees que eso me interesa? ¿Crees que me importa algo de lo que este hombre es o podría ser?

Ada respiró hondo. «Madre, el contrato se hizo según las reglas del inframundo. Es un pacto inquebrantable, así que no me hagas repetirlo».





Raphaeline se detuvo frente a ella; sus ojos rojos ardían con una intensidad que congelaba el aire a su alrededor. "¿Crees que me importan las reglas? Mis reglas son las únicas que importan. Y tú violaste una regla sagrada de este clan. Te atreviste a atar tu alma, tu linaje, a un forastero. Un hombre del que ni siquiera he oído hablar."

Raphaeline hizo una pausa, su mirada penetrando profundamente en el alma de Ada. «Tú, Ada, del linaje de Baal, te uniste a un hombre tan insignificante que no me ha llamado la atención».

Ada abrió la boca para hablar, pero su madre levantó la mano, silenciándola instantáneamente.

—Y no solo eso. —Raphaeline dio otro paso más cerca, ahora tan cerca que Ada podía sentir la presión aplastante de su presencia.

¿Un contrato matrimonial? ¿Matrimonio? Tú, hija mía, ¿crees que tienes derecho a casarte con quien quieras?

Ada no se rindió, a pesar del impulso de alejarse. Se mantuvo firme, sabiendo que cada palabra que pronunciaba solo parecía enfurecer aún más a su madre.

—Sabes lo que pasó, así que no me mientas sobre mis decisiones. Sé mínimamente racional. Además, tiene potencial, mayor que el mío. —Ada la miró fijamente, sin pestañear, defendiendo a Vergil incluso de sus propios sentimientos encontrados hacia él.

Raphaeline dejó escapar una risa fría, interrumpiendo las palabras de Ada.





—¿Fufufufu... Potencial? —repitió, como si oyera un chiste malo—. ¿Crees que este hombre, este... don nadie, tiene un potencial comparable al nuestro? ¿Comparable al tuyo? —Se detuvo, y la sonrisa se le borró del rostro—. ¿Crees que yo, Raphaeline Baal, Reina Demonio del clan Baal, ¿aceptaría que mi hija se uniera a un debilucho?

"No es débil", respondió Ada, con la voz más fuerte de lo que pretendía.

¿En serio? —Raphaeline retrocedió, cruzándose de brazos e inclinando la cabeza, como esperando una explicación brillante—. Entonces dime, Ada, ¿quién es ese hombre al que consideras digno de llevar el nombre de Baal?

Ada dudó un momento, intentando ordenar sus pensamientos. Pero antes de que pudiera decir nada, Raphaeline ya había perdido la paciencia.

"No importa", declaró con frialdad. "Porque sea cual sea la respuesta, es irrelevante. Este matrimonio no se va a celebrar".

Las palabras cayeron como una sentencia de muerte. Ada sintió el peso de lo que su madre acababa de decir, pero mantuvo la mirada fija en ella.

"Madre, el contrato ya está sellado."

Raphaeline entrecerró los ojos. «Me importan un bledo los contratos. Lo que yo digo es la única ley que debes seguir. Y romperás ese contrato. Lo romperé por la fuerza, matando a este hombre».

Los ojos de Ada se abrieron de par en par, sorprendida. "Pero... eso es..."





"¿Imposible?", rió Raphaeline, un sonido sombrío que heló el aire. "Imposible es una palabra para los débiles. Encontrarás la manera. Porque, al contrario de lo que crees, ya estás prometida a alguien más."

Ada sintió que el corazón le daba un vuelco. "¿Prometido? ¿A quién?"

Raphaeline sonrió, una sonrisa fría y calculada. «Para el heredero de la Casa Phenex. El hijo de uno de los Cuatro Grandes Demonios».

Las palabras de su madre resonaron por todo el pasillo, y Ada sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. «Esto... esto no puede ser verdad».

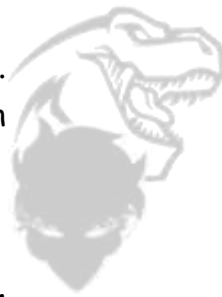
—Es cierto —dijo Raphaeline con tono firme—. Y tú, Ada, no tienes elección. No tienes derecho a negarte. Perteneces a esta alianza, y el matrimonio con la Casa Phenex asegurará el ascenso de nuestro clan.

—Pero... ¿qué pasa con lo que yo quiero? —logró decir Ada por fin, mientras la rabia y la frustración crecían en su interior.

—Lo que tú quieras es irrelevante —respondió Raphaeline, tan fría como siempre—. Te casarás con él, y esa es la única verdad que importa.

Ada apretó los puños, sintiendo la furia que bullía en su interior. Pero sabía que contra su madre, la Reina Demonio, no había argumentos ni escapatoria.

Rafaela miró a su hija por última vez antes de regresar a su trono. «Ahora vete. Y recuerda: de ahora en adelante, ya estás prometida. No habrá otro destino para ti. Tienes prohibido salir del castillo».





Las últimas palabras de su madre resonaron en el silencio del salón, desvaneciéndose en un charco de sangre, mientras Ada permanecía allí, sola, con el peso del destino forzado ahora colgando sobre su cabeza.

"Mátalos... mátalos a todos... sí..." Ada empezó a murmurar. "Uno de los Cuatro Grandes Demonios... perdóname... Destruiré toda esta existencia antes de caer en manos de alguien que no conozco..."

Ella maldijo mientras su energía demoníaca comenzó a aumentar.

"Vermeil..." murmuró, y apareció una criada asiática. Vestía el mismo uniforme que Novah, la sirvienta de Katharina... Era bajita, casi sin rasgos femeninos, sin pecho, nada prominente. Era plana como una tabla y apenas medía 1,55 m.

—¿Sí, señora? —respondió Vermeil, curioso por el tono que había usado Ada; no era de las que hablaban con tanta naturalidad.

—Envía un mensaje al clan Agares —dijo Ada, con los ojos ardiendo mientras la sangre le hervía—. Dile que me han prometido a alguien y que mi madre pretende matar a Vergil si no se deshace el contrato. Apretó los puños mientras la sangre empezaba a gotear.

—¿Señora Ada? —murmuró Vermeil, observando cómo la sangre caía al suelo—. Vaya rápido... Dígale que su querido esposo está en peligro —ordenó Ada.

"P-pero..." tartamudeó Vermeil. No podía dejar a su dama...

"¡AHORA!" gritó Ada, y la pequeña criada casi se desplomó del susto, pero rápidamente se dio la vuelta y salió corriendo como un correccaminos de dibujos animados.

